

Se trata de un relato que escribí hace más de 15 años. Lo revisé y decidí publicarlo en el blog. Le doy las gracias por haberlo corregido a Gonzalo Zaragoza, historiador, amigo y escritor. (Gonzalo me corrige todo lo que escribo).

La adolescencia es una edad bella pero peligrosa. Los errores aún se perdonan, a no ser que sean demasiado graves. El adolescente se cree capaz de hacerlo todo. Se cree capaz de luchar y de vencer. Y es muy importante no quitarle esta ilusión. Pero no es menos importante hacerle saber a tiempo lo que se debe hacer y lo que no.

El mundo de los adolescentes me interesa. Me interesan sus sueños confusos y sus deseos claros. Me atrae esa sangre viva y caliente que fluye veloz por sus venas; me atrae su agresividad, a menudo sin sentido, y su violencia, casi siempre, ciega.

El texto refleja el comienzo de la transición del comunismo al capitalismo en la desaparecida Unión Soviética, es decir la época del gran desorden: las antiguas leyes ya no funcionan, aparecían nuevos jefes que no buscaban privilegios sino posibilidades de enriquecimiento. El mundo criminal quería usurpar una parte a un estado que hasta entonces lo había controlado todo. Los jóvenes veían en ello una oportunidad de ganar dinero fácilmente.

Oleg, el jefe de los jóvenes delincuentes que aparecen en el relato, es un muchacho alto y fuerte, con planes muy claros de progresar en la vida. Nemoi es frío, inteligente, sin miedo al peligro pero carente de ambiciones. Su único deseo es tener los bolsillos llenos de billetes y gastarlos en placeres. Igori es el menor del grupo. Su tarea es la de robar de casa la pistola de su padre y llevársela a Oleg. Con la pistola Oleg logrará cumplir su sueño: obtener el primer encargo importante para así poder dar el gran salto y empezar su carrera de delincuente duro y respetado.

La acción del relato gira en torno a la pistola. A los tres muchachos les fascina lo que se puede conseguir con un arma de fuego: matar y con ello ganarse el aprecio de un hombre poderoso a quien todos admiran.

## **La pistola**

Por Robert Lozinski

(publicado en el blog personal „**La Ruleta Chechena**”-laruletahechena.com)

En casa, en un cajón, se encontraba la pistola, un magnífico objeto metálico; una joya.

Igori conocía su casa mejor que sus propios padres. Sabía dónde guardaba su mamá los perfumes, la ropa interior y otras cosas; sabía dónde papá tenía las corbatas, las revistas con mujeres y también esas cositas que se podían hinchar como globos y que, como sabría más tarde, tenían la culpa de que él, Igori, no tuviera hermanitos.

Nada se le podía ocultar a Igori. Cuando se quedaba solo en casa, su entretenimiento preferido era el de hurgar en las cosas. Para él, el mundo de los objetos que usaban los mayores era algo fascinante. Le gustaba entrar en la habitación que papá había bautizado con el extraño nombre de “despacho”, lugar al que le estaba totalmente prohibido el acceso. Lo hacía porque, para él, todas las decisiones se tomaban de forma democrática, y cuando tenía la intención de romper un acuerdo y entrar en aquel sitio tan vigilado y cargado de misterio, la parte que votaba en contra -casi siempre en minoría- acababa por ser derrotada por el sector que votaba “sí”, mayoritario en los momentos críticos. «Soy un espía nato», se decía Igori.

Antes de ponerse a registrar todas las cosas una a una, estudiaba con mucho cuidado su posición para poder volver a ponerlas tal como estaban al principio. Y así las dejaba siempre, respetando rigurosamente el orden paterno. Siempre o casi siempre, ya

que a veces (más bien, bastantes veces), desde la otra punta de la casa se oía la voz enfadada de su padre, regañándole: „¡Igori, muchacho, otra vez has tocado mis cosas!” Y luego el estribillo de queja: „¡Este hijo mío me volverá loco un día!”

Lo bueno era que el enfado del padre no duraba mucho tiempo.

Mamá, sin embargo, era todo lo contrario: „¡Igori! ¿Dónde has metido mi barra de labios?”

O el rímel, o lo que fuese.

Porque maquillarse era lo que más le gustaba a Igori. No había nada en el mundo que le encantara más que sentarse cómodamente frente al espejo, coger la barra de labios, abrirla, olerla primero un ratito y pasearla por los labios, que se le ponían enseguida como los de las muñecas que veía en las tiendas y que él tanto odiaba. Luego les tocaba el turno a las pestañas, que arqueaba cargándolas de rímel como si fuera escarcha. Por último, se empolvaba la cara... y listo. Lo que se reflejaba en el espejo era otra cara, o sea, una cara totalmente diferente de la cara de Igori que él conocía. Una transformación radical. Total, juegos de niños.

Pero su madre se ponía cada vez más furiosa: „Un día me enfadaré y te vas a enterar. Mejor sería que buscaras juegos más serios.”

Pero a Igori eso era lo que mayor interés le producía. Y no había remedio. ¿Juegos más serios? No, señora. Hurgar, rebuscar en las cosas era lo que mejor se le daba a Igori. Y así fue que, cierto día, el cajón del armario, que normalmente estaba cerrado con llave, lo encontró abierto. Su corazón empezó a latir más rápido y más fuerte que de costumbre. Abrió lentamente el cajón, como si dentro se hubiera escondido un pájaro que pudiera romper a volar de golpe. Pero no había ningún pájaro ni ningún otro bicho, sino que lo que vieron sus ojos fue la pistola. Sí, una pistola, un arma de fuego como las que tantas veces había visto en la tele. „¡Vaya pieza!” -susurró la voz de Igori, de un Igori atónito, del Igori que se ponía así cuando le llamaba la atención algo que su mente calificara de extraordinario.

La cogió con la mano derecha: pesaba un poco. Después con la izquierda. Por último con las dos, como los policías de las películas. Imitó un disparo, «¡pum!», en dirección a una foto que sus padres se habían hecho en una plaza de San Petersburgo. Miró la foto de sus padres, sonrientes.

El silencio era absoluto: se podía escuchar nítidamente el tic-tac rítmico del pequeño reloj de la mesa.

Igori se metió la pistola en un bolsillo del pantalón y salió a la calle. Iba a enseñarla a sus amigos. Lo estaban esperando, como siempre, en la casa abandonada.

Oleg lo miró con desprecio.

—¿Qué tal, marica? ¿Te has vuelto a maquillar?

Oleg le estudiaba la cara con una curiosidad burlona.

—Oye, por cierto, tu vieja está muy buena. ¿Qué te parece? ¿Nos dejas que la follemos?

Le hacía esa pregunta siempre que quería meterse con él.

—Vete a la mierda, Oleg, ¿quieres?

La risa de Oleg cortó el aire con una estridencia maliciosa. Se agarró con la mano derecha el bulto que le formaba el sexo y empezó a mover obscenamente las caderas.

—Así es cómo me follaré a tu madre, marica —dijo mientras no paraba de reír. Su boca parecía un agujero donde la lengua se movía como una culebra roja.

Vitea se mantuvo callado. No le hacían gracia las bromas de su amigo.

Oleg era el mayor de todos. Era alto y fuerte. Tenía la piel muy blanca, los ojos grises y fríos como la nieve, el pelo rubio y desordenado y dos puños grandes y rosados.

—¿Qué nos has traído hoy, marica?

Aquella demostración de brutalidad sumió a Igori en un repentino estado de apatía.

—Una noche iré a tu casa y me follaré a tu madre, marica. El tonto de tu padre ni se enterará. Me pongo cachondo con sólo imaginarme el coño de tu madre, marica.

Igori se imaginó a Oleg besando a su madre y rodeándola con sus brazos rosados. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Miró a Oleg con rabia.

—Enséñame de una vez lo que traes.

Igori le enseñó la pistola.

La cara redonda de Oleg se iluminó.

—¡Por fin lo has conseguido! —susurró con un hilo de voz—. ¡Genial, marica!

Vitea encendió un cigarrillo sin inmutarse. Fumaron los tres en silencio. Igori se ahogaba. A duras penas lograba contener la tos.

–Muévete, Nemoi, anda. Tenemos trabajo.

Oleg se levantó. Tiró el cigarrillo, consumido a medias. El cuerpo le temblaba de emoción. Acarició pensativo la culata del arma. Vitea echaba humo por la nariz. No le hizo caso a Oleg. Su amistad con Oleg era como una maldición que llevara a cuestras. Hablaba muy poco. Por eso lo llamaban “Nemoi”, el *Mudo*. No estaba muy claro quién obedecía a quién.

Oleg esperó pacientemente hasta que Vitea acabara de chupar del cigarro todo su veneno y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse del suelo.

–Espéranos aquí, marica. Volveremos pronto. Con esto va a ser mucho más fácil.

Oleg se guardó la pistola en la cintura y la tapó con los bordes de la camisa.

–Así no se nota.

Cuando estaban ya en el quicio de la puerta, Igori les recordó que por la tarde debía devolver el arma a su sitio.

El autobús estaba casi vacío. Un par de ancianas hacían su habitual paseo por la ciudad. Aquellos viajes eran la única diversión que se podían permitir.

Oleg, algo tenso, intentó relajarse mirando por la sucia ventana del autobús. La pistola se le hundía en la tripa. La incomodidad hacía crecer la tensión. Miró de reojo a su amigo. Parecía dormido. Oleg le envidiaba esa sangre fría de lagarto y le tenía un poco de miedo.

Desde que le dislocaran la mandíbula en una pelea, Oleg aprendió que la ciudad no era de todos sino que tenía unos dueños invisibles y que nadie podía actuar por cuenta propia. La ciudad estaba dividida en zonas de influencia, dirigidas por los *Generales*. Llegar a *teniente* era el primer escalón para subir de rango, pero para eso hacía falta que le encargaran un trabajo importante.

–Ven cuando tengas una pistola.

Xarkov no gastaba muchas palabras y nunca respondía a las preguntas.

Ahora Oleg tenía pistola y muchas ganas de utilizarla. Por las venas le corría una ambición oscura y peligrosa.

Bajaron al sótano de la Torre.

Un sudor frío recorría las palmas de las manos de Oleg y eso lo ponía aún más nervioso. La actitud de su compañero lo sacaba de quicio: «¿Acaso tiene más cojones que yo? ¡Mierda! ¡No te me vayas a cagar ahora cuando estás a punto de despegar!»

Xarkov lo hipnotizó con la mirada.

Oleg tenía la molesta sensación de que era capaz de ver los restos de la hamburguesa que se había comido aquella mañana y que aún estaban en el estómago.

–Hoy no tengo nada para vosotros, pero es posible que dentro de un par de días os proponga algo.

Xarkov encendió un cigarro. Daba por finalizada la entrevista.

–¡Qué hijo de puta! Todo ha sido en vano.

Oleg se puso a golpear el aire con sus puños compactos y rosados. Giraban a su alrededor como dos grandes piedras atadas a una cuerda. Igori estaba sentado en el suelo, abrazándose las rodillas como si se las estuviera comiendo. Vitea fumaba tranquilamente. En su cara se insinuaba una oscura sonrisa. Oleg se paró en seco.

–¿A qué viene ese aire enigmático, Nemoi? Si puede saberse... A ti también debería interesarte, si quieres llegar a ser alguien en este barrio.

–Eso depende de cómo se mire, Oleg. Yo no quiero llegar a ser alguien en este barrio ni en ningún otro. A ver si me entiendes. Estoy contigo porque quiero ganar un dinerillo. Ésta es una ciudad grande y libre. Además, yo no creo en las oportunidades.

La filosofía de Nemoi le gustaba a Igori. Tenía las ideas muy claras.

Igori llegó a casa a tiempo para volver a poner la pistola en su sitio, en el cajón. En la cena comió todo lo que tenía en el plato para no levantar sospechas por su falta de apetito. Aquella noche durmió muy mal. Soñó que Oleg lo esperaba en la casa abandonada. Soñó también con una mancha de sangre muy grande en la acera.

La espera cansaba.

Oleg estaba cabreado y jodía a Igori y a Nemoi con su mala leche. Nemoi apenas lo aguantaba y un día estuvieron a punto de liarse a bofetadas.

Aunque lo estaban esperando, la llegada del aviso tuvo el efecto de una bomba que explotase de repente.

El tío Pulseras era un tipo de horarios fijos; gordo, pequeño y moreno. Vestía trajes de tonos grises y camisas negras. Llevaba pulseras gruesas y, en los dedos, anillos de oro macizo. Conducía un Mercedes Benz de color gris plateado, que aparcaba invariablemente en el cruce de las calles Pushkin y Nekrásov, y fumaba cigarrillos aromáticos que Oleg había probado una vez.

–Parece extranjero.

Fue lo primero que dijo Nemoi el día en que empezaron a vigilarlo.

Igori se encargaba de traerles bocadillos. No podían perder el tiempo. Sabían que si en un plazo de cinco días, que era el límite que Xarkov les había puesto, no solucionaban aquello, la puerta que abría el camino hacia la fortuna se cerraría para siempre. Aunque los dos pensaban en lo mismo -«¿por qué Xarkov querría deshacerse del tipo?»-, preferían no tocar el tema. Comían bocadillos en silencio con los ojos puestos en la puerta. El hombre salía del edificio una vez al día para ir a comer a un restorán cercano y regresaba puntualmente hora y media más tarde. Iba y volvía andando, fumando y contestando al móvil.

La animación de la calle los ayudaba a pasar desapercibidos y a soportar la larga espera. Había también una cancha de baloncesto y, para matar el aburrimiento, se turnaban para mirar algún que otro partido pero sin perder de vista la puerta y el Mercedes plateado. Por la noche el hombre regresaba al hotel. Un buen hotel, en el centro. Oleg contó los pisos que tenía: dieciséis. Pensó que progresar en la vida debía significar vivir en un hotel como aquél.

Nemoi no mostraba entusiasmo alguno. A Oleg se le ocurrió que su socio no hablaba nunca porque no pensaba nada. Pensara o no, Nemoi era el mejor socio que pudiera tener: nunca se pasaba de listo y, si era necesario, le bajaba los humos a él, a Oleg. Porque los humos son lo peor que hay en un oficio como éste.

La verdad es que Nemoi a veces pensaba, aunque se le notara bien poco. Ahora estaba intentando adivinar en qué piso y en qué habitación debería estar alojado el individuo y si la habitación tendría televisión y jacuzzi. También pensaba si sería verdad que, como había oído, los ricos pagan a las mejores putas para que los desnuden y los laman por todo el cuerpo mientras ellos están tumbados en la cama, fumando un cigarro con los ojos cerrados.

La noche se adueñó de la ciudad. El aire se serenó. Desde el cielo, algunas estrellas enviaban una luz muy pálida. Decidieron descansar por turnos.

A las dos de la madrugada Igori despertó a Oleg, que estaba durmiendo en la casa abandonada. Había traído café y bocadillos. Juntos fueron andando hacia el hotel, que no quedaba lejos, para sustituir a Nemoi.

Nemoi estaba sentado en un banco en el parque de enfrente; sus ojos eran como dos pequeñas llamas. Nemoi sabía soportar bien la espera; tenía aguante. Se había fumado ya más de medio paquete de cigarrillos. Las colillas estaban esparcidas alrededor del banco, sobre la acera. Apenas intercambiaron unas palabras.

La madrugada llegaba suave y uniforme.

El cansancio hacía que a Oleg le ardieran los ojos. Se los frotó un buen rato hasta que le brotaron lágrimas. Un viento suave le acarició los hombros. Su piel, cansada, sacudida por una sensación de frío, se tensó bajo la camisa. Eran casi las ocho. La gente se movía con cierta pereza que anticipaba ya el fin de semana. «Tiene que ser hoy», reflexionó Oleg.

La espera aburría a Oleg, que quería dar el salto lo más pronto posible. Soñaba con trabajos mucho más gordos. *Smerti podaiut gariacei*. Como se dice en esta ciudad: “La muerte se sirve caliente”.

El tío Pulseras salía del hotel. Movía la muñeca jugando con las pulseras de oro. El consabido traje de tonos grises. «¿Cuántos tendría el muy cabrón?», se preguntaba Oleg. Camisa negra, gafas muy oscuras que le cubrían la mitad de la cara lustrosa, cabellos brillantes y peinados hacia atrás. Lo que llevaba puesto costaba un dineral.

Nemoi surgió junto a Oleg como una sombra. No se saludaron. Tenía los ojos clavados en el Mercedes, que arrancaba lentamente, como un yate. Sus ojos de color humo reflejaban una expresión dulce y perversa, de gato.

Oleg lo informó de la decisión tomada.

–De acuerdo.

Oleg sacó un bocadillo de la bolsa que había traído Igori. Mordió la mitad del pan blanco y tierno. Lo habían untado con mantequilla y tenía dos lonchas finas de jamón. Sorbió café del termo. Tenía la boca llena y seguía con la mirada el Mercedes plateado que se paraba en el semáforo.



Al regresar a casa, Igori intentó comer un bocadillo tal como lo hacía Oleg, de un solo mordisco, pero no lo consiguió. Oleg tenía la boca muy grande. Todo su cuerpo era muy grande: los brazos, las piernas, los puños. Le habría gustado ser tan grande y fuerte como Oleg. Le habría gustado ser Oleg.

Tenía que llevar la pistola a la casa abandonada a la una de la tarde.

Una orden precisa y clara. «Si no cumples, te rajo, marica». Igori sabía que no lo decía en broma. Las bromas de Oleg no eran como las bromas de su padre. Las bromas de su padre eran bromas normales que le hacían reír, mientras que las de Oleg eran maliciosas y crueles y le hacían sufrir. ¡Cómo le gustaría gastar bromas como las que gastaba Oleg!

Miró el reloj: las doce. En media hora saldría de casa con la pistola en el bolsillo para entregársela a Oleg, tal como habían quedado. Era el día en que al tío Pulseras le “apagarían la luz”, como se decía en el barrio cuando alguien debía caer para siempre. Y nada podría impedirlo. Igori cogió una bolsa de patatas y empezó a comérselas una a una, sin prisa, para distraerse. Tenían sabor de queso y perejil. Muy buenas. Se las terminó. En la boca persistía el sabor a perejil, y entre las muelas se le metieron restos de comida. Empezó a limpiárselos con la lengua.

Se acercó al cajón donde su padre guardaba la pistola y tiró de él.

Estaba abierto, ¡qué alivio!, y el arma estaba dentro, como si esperara que alguien la tocara. Igori la sacó con cuidado y apretó con la mano derecha la poderosa culata. Tiró del seguro. El brazo se le llenó de una fuerza extraña.

Igori salió a la calle. No corría. Caminaba tranquilamente por la acera. Subió al autobús y buscó un asiento al fondo. La pistola abultaba en el bolsillo y le presionaba el muslo. Cubrió el bulto con la mano.

Oleg lo estaba esperando. Estaba sentado en una silla vieja, fumaba y expulsaba aros de humo azul. Los iba contando para disimular la impaciencia: uno, dos, tres, cuatro, cinco. El último salió más delgado que los demás. Consultó el reloj: la una y cinco. La puerta se abrió y entró Igori.

–Hola, Oleg.

Oleg ni siquiera lo miró. Estaba absorto en la contemplación de otros seis aros azules. Tiró la colilla contra la pared, donde quedó un puntito negro.

–Llegas una poco tarde, marica.

Oleg se fijó en el bulto que crecía sobre el muslo derecho de Igori.

–¿Me la das o tengo que pedírtelo por favor?

Igori sacó el arma. La piel del muslo conservaba el recuerdo del roce del metal. La alzó y, con el brazo recto y firme, disparó. El brazo se movía solo, propulsado por aquella fuerza extraña que lo recorría y que acababa de descargarse por la muñeca. Oleg cayó de rodillas. Con las dos manos intentaba detener la sangre que le manaba del vientre. Aún podía mirar a Igori con esos ojos de color ceniza. Aún podía hablarle con el tono brutal y enérgico que tanto intimidaba a Igori.

–¿Te has vuelto loco, marica?

Igori disparó una vez más. La segunda bala eligió la garganta. Oleg se llevó la mano derecha al agujero como si le hubiera picado un moscardón. Con la respiración ronca y silbante llamó a Igori “cabrón”, “marica de mierda”, “hijoputa”, y otras cosas más que Igori no pudo entender. La agonía de Oleg era lenta: la vida se resistía a abandonar aquel cuerpo de tigre. Igori pensó en disparar una tercera vez, pero no sabía cuántas balas tenía el cargador. Al tío Pulseras también debían “apagarle la luz” aquella tarde. Por si acaso verificó el cargador. Quedaba una sola bala. Bien, una para el tío Pulseras. Igori tomó un cigarrillo del paquete de Oleg y lo encendió con el mechero de Oleg.

Igori ya era Oleg.

Salió de la casa abandonada y se dirigió al lugar donde Nemoi vigilaba al tío Pulseras. Iba andando. No veía ni oía nada. Se sentía algo cansado, como si aquella fuerza extraña le hubiera licuado el cuerpo.

Nemoi estaba sentado en el banco y comía pipas. Miró a Igori con sus ojos vacíos mientras seguía triturando las semillas.

–¿Qué pasa, dónde está Oleg?

–No puede venir. Me encargó a mí que me ocupara de todo.

–¿A ti? No lo entiendo.

–Oleg está muerto, Nemoi. Tú y yo vamos a acabar este trabajo. ¿Dónde está ese tipo?

–Sigue allí.

Nemoi le indicó con el dedo el Mercedes plateado.

–No se ha movido en todo el día. Es una especie de oficina o algo así. No hay mucha actividad.

Nemoi se calló y se quedó mirando hacia la cancha de baloncesto. Unos críos tiraban a la canasta. Cuando acertaban se ponían muy contentos y gritaban “¡canasta!”. Nemoi le ofreció pipas a Igori. Sus bocas trituraron pipas en silencio. Nemoi no parecía estar pensando nada. Sin embargo, Nemoi pensaba que si Igori había matado a Oleg, Igori era ya el jefe. Pero a Nemoi no le importaba quién fuera el jefe. A él, que le dijeran lo que tenía que hacer y punto. Y además, no todos los jefes disfrutaban de una larga vida. Oleg era un buen ejemplo.

Igori le ofreció un cigarrillo del paquete de Oleg y se lo encendió con el mechero de Oleg. Fumaron los dos y casi al mismo tiempo pensaron en que la vida, a veces, puede ser muy rara.

–¿Cuál es el plan?

Nemoi esperaba instrucciones. Igori debía comunicarle la decisión de manera clara y breve, tal como lo hacía Oleg. Igori habló con convicción.

–Esperaremos hasta la hora de la comida, que es cuando sale de la puta oficina para ir a comer, y le meteremos el plomo.

–Un poco arriesgado, ¿no te parece?

Nemoi abrió otra bolsita de pipas. Lo hizo con demasiada fuerza, y las pipas se desparramaron en desorden. Soltó una palabrota.

–No tenemos alternativa. No podemos seguir vigilándolo durante mucho tiempo más, y no podemos hacerlo delante del hotel. Sería mucho más peligroso. Esa acera es el único tramo donde podemos acercarnos a dos metros del tipo para pegarle un tiro. ¡Y encima el puto fin de semana! Porque ese tío se sube al Mercedes plateado y lo perdemos de vista hasta el lunes.

Igori acabó la frase de golpe. Oleg habría actuado de la misma manera.

El tío Pulseras salía de la oficina de buen humor. Acicalado y sonriente. Rozó con dos dedos el trasero del Mercedes plateado y cruzó por el paso de cebra, andando con aire deportivo. ¡Qué gusto saberse dueño de un cochazo como aquel! Nemoi lo

llamó “cabrón” por lo bajini. La pareja esperó a que el tipo se alejara unos veinte metros por la acera y entonces se levantaron del banco para seguirlo.

–Arráncale la cadena de oro del cuello para que parezca un robo.

Nemoi contestó: - Vale.

Buen socio Nemoi, no discutía las órdenes.

Igori percibía, con placer discreto, el suave olor de perfume mezclado con el humo aromático del cigarro que el tío Pulseras llevaba con arrogancia natural en la boca. Sin darse cuenta se dio más prisa. A unos cuantos metros se abría un paseo que daba al parque donde les resultaría más fácil perderse. Nemoi captó la idea al vuelo y asintió. La nuca perfectamente afeitada ya estaba cerca. Igori sacó la pistola y con la mano firme apretó el gatillo. El aire tembló y unas palomas echaron a volar, asustadas. El tipo se desplomó como un fardo sobre la acera con la nuca convertida en una esponja roja. Nemoi se agachó y arrancó del cuello la cadena de oro. Oro y sangre tenía ahora Nemoi en la palma de la mano. Igori se paró un segundo para ver cómo crecía la mancha de sangre en la acera. En aquel instante alguien gritó:

–¡Subid al coche, venga!

Igori se dio la vuelta. Un tipo alto y fornido, que había aparecido no se sabía de dónde, les mandaba que subieran a un Volkswaguen negro, sin matrícula, que estaba parado, con las puertas abiertas, al borde de la carretera.

–¡Daos prisa, coño!

Los muchachos saltaron la valla de hierro, cruzaron el jardín con flores y árboles grandes y frondosos que separaba la acera de la calzada y se metieron en la parte trasera del coche, como dos perros bien adiestrados. El tipo alto y fornido subió también y el coche arrancó de inmediato. Serpenteó por callejones oscuros y llenos de basura. Nemoi no soltaba del puño apretado la cadena de oro que se balanceaba como una serpiente muerta. La pistola colgaba entre los dedos de Igori y el índice seguía en el gatillo.

Xarkov los recibió en la Torre. Los miraba a ambos con simpatía. Les ofreció cigarrillos y una copa. Los muchachos fumaron y bebieron con avidez. El tipo alto y fornido acompañó a Nemoi al cuarto de baño para que se lavara la sangre de la mano. Lavó también la cadena, con mucho cuidado. Luego la secó con papel higiénico. Cuando regresó se la entregó a Xarkov.

–Buen trabajo, muchachos. Os felicito. Un poco imprudente, pero lo importante es atreverse a hacerlo.

Hizo una pausa breve y examinó la cadena.

–Me pareció que era otro quien daba las órdenes, ¿o acaso me equivoco?

La inesperada pregunta iba dirigida a Nemoi.

–Se equivoca.

Xarkov sonrió y no quiso averiguar más. Llamó al tipo alto y fornido para que les llenara otra vez las copas. Le pasó la cadena y le dijo que calculara el precio. «Que sea el precio correcto» -añadió.

–¿Qué pensáis hacer a partir de ahora?

Igori dejó la copa sobre la mesa y contestó serenamente:

–Yo tengo que ir a casa a devolver la pistola al cajón.

Xarkov se echó a reír como si lo que acababa de oír fuera algo muy gracioso. Los ojos se le hicieron muy pequeños. Parecían dos rayitas blancas y luminosas. Se serenó bruscamente. El tipo alto y fornido entró con la cadena en una mano y con el dinero en la otra. Xarkov tomó el dinero y se lo entregó a Igori. Acompañó el gesto de una sonrisa afectuosa.

–*Akula*, limpia la pistola y métele las balas que faltan. ¿Cuántas has gastado, muchacho?

–Tres.

–¿Tres? –Xarkov sonrió de nuevo.

Igori se fijó por primera vez en el rostro del tipo alto y fornido que respondía a aquel apodo siniestro. Una boca muy grande, el mentón hundido, casi invisible, los ojos pequeños, muy separados, y las fosas nasales a la vista, como si siempre estuviera olfateando el aire: un tiburón con cuerpo de hombre. Charlaron un rato más. Xarkov les aconsejó que estuvieran quietos cierto tiempo. Como despedida les anunció que los llamaría cuando lo considerara necesario.

Igori regresó a casa y puso con cuidado la pistola en el cajón. Luego salió a la calle. Debía ir a la casa abandonada para contarle a Oleg todo lo que había pasado.